

CAPITULO III.

VERDAD DE LAS COSAS Y VERDAD DEL DECIR.

El término verdad, la palabra en sí se usa en dos sentidos, un sentido lo aplicamos a: 1) las cosas; así decimos que aquello es en verdad un libro aunque parezca una baraja o que es un verdadero jugo de tomante aunque parezca de otra fruta; o bien, 2) aplicado, al decir y correlativamente al pensar -cuando hablamos de la verdad de una idea o de un enunciado verdadero o falso-. Sin embargo, este doble uso que es distinto por sí mismo no lo parece tanto por algunos problemas que enunciaremos en seguida.

A primera vista se supone que el primer sentido de la verdad afecta a las cosas mismas y el segundo al hombre, a ciertos actos suyos que son sus pensamientos y palabras.

Examinemos, la primera: ¿QUE ES UNA COSA VERDADERA? Podemos dar dos respuestas: a) una cosa existente y b) una cosa que es lo que parece ser. A la primera respuesta no se le ve más obstáculo que el que es verdadera por sí misma; la cosa podrá ser todo lo real que pueda, pero no todo lo verdadera porque no tendría sentido que fuera verdadero sin referencia al hombre. En el segundo caso, sería lo mismo decir que una cosa es o no es lo que parece, envuelve al hombre porque es a él a quien parece algo. No podemos entender por tanto, la verdad sin una referencia a nosotros mismos.

De las cosas por sí mismas no tiene ningún sentido decir que sean verdaderas ni falsas. Únicamente cuando entran en relación conmigo, cuando funcionan como elementos o ingredientes de mi circunstancia, adquieren esa nueva dimensión que es

su verdad o falsedad. En cuanto al decir -mental o verbal- pone aquello sobre que versa en cierta perspectiva determinada dentro de mi circunstancia, esto es, le confiere una posible función o un posible repertorio de funciones, como término de actos míos.

El decir cumple una función de articulación de la perspectiva vital poniendo en su contexto circunstancial el objeto sobre el que recae, en otras palabras expresa coherentemente la relación en un marco de comunicación que se establece de común acuerdo. Cuando este decir se ajusta a la consistencia de las cosas y las sitúa en su perspectiva adecuada, entonces ese decir es verdadero y por tanto, lo dicho en él es verdad. El decir nos permite que los actos posteriores al primero tengan validez. Por esta razón si 2 y 2 son 4 esta operación tendrá valor en sí misma y significará no sólo que se exigirá al pagar o al comprar sino que todos los actos operativos conectados y dependientes de este podrán realizarse. Así pues, serán verdaderos aquellos decirs (actos del conocimiento) cuyo cumplimiento adecuado nos asegure la posibilidad del de los demás actos de otro tipo sin haberlos ejecutado y de una manera apriorística que analizaremos posteriormente.

La verdad entonces es algo que se da en nuestra vida y por tanto, también su sentido está ligado y radicado en ella. El ámbito de la verdad es por consiguiente, la vida humana. Es necesario por esto adelantarnos y responder a las siguientes preguntas: ¿cuál es el sujeto primario de la verdad? y ¿cuál es el sentido radical del que dependen las demás?

1.- LA VERDAD COMO AUTENTICIDAD.

Hemos visto que la verdad no afecta propiamente a la existencia de las cosas sino a su modo de existir en una circunstancia.

Una cosa es por tanto verdadera cuando está presente en una persona, cuando ella en su mismidad, me es presente y no está oculta o encubierta por una apariencia. Ahora bien, como cada cosa tiene su peculiar modo de ser, los modos de presencia o potencia varían correlativamente. No es lo mismo la forma de presencia de un color que la de un cerro, o la del hombre mismo.

Sin embargo, no todas las cosas pueden ser incluidas en mi circunstancia o al menos, no todas son patentes; es decir, no todas pueden ser tomadas en cuenta sino que una gran porción de la realidad está como latente (sin aparecer a la conciencia). Unas veces lo es por el momento, otras lo es constitutivamente y no por eso deja de funcionar en mi vida, incluso del modo más decisivo. No estaría de menos precisar algunas de las múltiples realidades que no me son manifiestas y obvias. En primer lugar está todo el mundo físico en cuanto rebasa el alcance de mis órganos sensoriales; en segundo lugar la índole íntima (interna) de las cosas mismas que me son patentes, y en tercer lugar los entes con cuya idea va incluida formalmente la latencia; por ejemplo Dios, todo lo pasado y con mayor razón todo lo futuro: las posibilidades, el desconocido comportamiento de toda realidad.

2.- EL PRESENTE Y EL FUTURO.

El hombre vive, pues, fatalmente cercado de incertidumbre a diferencia del animal que reacciona a los estímulos de su contorno, los cuales le están presentes; el hombre está en un mundo abierto y tiene que habérselas con lo que no le es presente ni dado; y con esto tiene que hacer también su vida por eso tiene que dar razón de su situación en cada momento y para ello le es forzoso pensar. Porque en su efecto, ¿cómo puede el hombre vivir?, ¿cómo es posible que no sucumba de terror y angustia, de perplejidad al verse rodeado de realidades latentes con las cuales no cuenta al no saber qué hay debajo y encima de él y a su alrededor, al no saber sobre todo qué va a ser de él y de todo lo que lo rodea un instante

después y tener que vivir proyectado hacia un futuro misterioso, vale la pena detenerse en lo que es la situación del hombre. Tiene que hacer su vida en el futuro y éste le es formalmente ajeno y oculto; tiene que hacer ahora, en este momento, algo de lo que no puede escapar y tiene que hacerlo en vista de lo que va a hacer, de lo por venir, pero justamente ese porvenir no se ve en lo latente lo invisible en cuanto tal.

3.- LA CREENCIA.

El hecho es que el hombre no es dueño de lo necesario para vivir, o al menos no lo tiene en su mano, no le queda otro remedio que VIVIR EN CREDITO; por eso el hombre es pobre, es necesitado.

La forma primaria de ese crédito del cual vive el hombre es literalmente lo que es creditum o creído, la creencia, mediante el crédito tengo lo que no tengo en realidad ahora, pero que lo necesito para vivir. El crédito suple la ausencia de lo que tendría que estar presente y no lo está, en la creencia está presente en forma peculiar lo que no puede estarlo corporalmente o en persona. Si yo estoy en la creencia de que durante la próxima media hora esta habitación va a permanecer tal como está, sin aniquilarse ni convertirse en un cerro, ni trasladarse a otro país, yo puedo continuar con mi actividad. Si estoy en la creencia de que la mesa se va a continuar como hasta ahora, la manejo con confianza pero no podría ejercitar estos sencillos y comunes actos si esas creencias me faltasen, si no supiese qué va a ser de la habitación, de la mesa y de mí mismo dentro de unos minutos.

Las creencias son por eso, los modos normales de presencia de la inmensa mayoría de las realidades. Ahora bien, hemos llamado "verdad" a la presencia de las cosas mismas en nuestras circunstancias y esta es la forma más importante y general de verdad pero el sujeto primario de la verdad son

las creencias.

¿Es lo mismo una verdadera creencia que una creencia verdadera? Una verdadera creencia es algo que efectivamente se cree, pero ese algo puede ser una falsedad. En la creencia verdadera, en cambio, es verdad su contenido, lo creído en ella es cierto; pero repárese que en cuanto yo digo de una creencia que es verdadera -o falsa tanto da- estoy en una nueva creencia, a saber aquello cuyo objeto es la verdad o falsedad de la creencia anterior y afirmo la verdad o falsedad de la primera creencia porque estoy en la creencia de que es realmente verdadera o falsa; es decir, porque tengo a mi vez una verdadera creencia acerca de lo anterior. Por consiguiente, es más radical y primario en mi vida el sentido de verdad cuando hablo de verdadera creencia que cuando juzgo verdadera una creencia que solo puedo hacer esto desde la situación anterior. Ahora bien, a la verdad en este sentido se llama autenticidad: una verdadera creencia es una verdadera creencia auténtica de la que me siento solidario en la que me apoyo realmente para vivir.

Pero aquí surgen dos cuestiones: la primera se refiere a las posibles relaciones del hombre con la verdad y, por tanto, a los posibles grados de autenticidad en su vida. La segunda, a la jerarquía de las creencias o verdades y a sus modos de justificación, y por consiguiente, a su funcionamiento dentro de la vida humana.

4.- LAS RELACIONES DEL HOMBRE CON LA VERDAD.

Las relaciones del hombre con la verdad no son fijas, varían con el tiempo, en las épocas, en los lugares; por eso no se pueden establecer relaciones fijas del hombre con ella. Comentaremos algunos esquemas básicos de varias situaciones que pueden variar con el tiempo.

Mencionamos cuatro posibles relaciones:

A.- Vivir en el ámbito de la verdad. Una de las relaciones se da, o se puede dar, cuando un individuo o una época vive apoyándose en un repertorio de verdaderas creencias; su existencia está ligada y conectada en ellas.

Este conjunto o serie de verdaderas creencias, puede ser reducido o muy amplio; no tienen por qué poseer una rígida posición y puede ser hasta confusa su presentación.

Lo importante en todo caso, es que el hombre descansa sobre ese supuesto del cual es realmente solidario y vive en rigurosa autenticidad.

Puede ocurrir sin embargo, que el hombre no se encuentre en ese estado satisfactorio de creencias suficientes y seguras. Y esto sucede o porque las creencias tradicionales en todo o en parte han fallado y se han perdido, o porque la situación se haya alterado y no esté el hombre de antemano en ninguna creencia respecto a lo nuevo de la situación. Al fallar este sistema al hombre, se le presentan varias posibilidades, que puede elegir en sustitución de aquella primera.

B.- Vivir en el horizonte de la verdad. En este esquema situacional se pretende la verdad, se busca en la medida en que no se la tiene o resulta deficiente, no solo se añora con añoranza fantástica, sino se busca con una intención práctica una verdad de índole distinta a la anterior, no una verdad en la que se está o creencia en sentido estricto, sino una verdad a que se llega. Por consiguiente, una verdad en cuyo funcionamiento dentro de la vida va implicada la justificación por uno u otro mecanismo; ¿en qué sentido justificación? Pues en cuanto que la verdad es adquirida, es conseguida a través de los esfuerzos internos, no es una lucha sin sentido, sino al contrario, se pelea lo que vale. Este modo de vivir cuyo motor intelectual es la evidencia (lo claro, lo palpable, lo justificado) viene definido, caracteriza

do inicialmente por una menesterosidad (carencia) de la verdad y no asegura la posesión de ella, sino tan solo su exigencia. Esta forma de relación con la verdad tiene una similitud muy clara con la primera forma, coinciden ambas en un aspecto: su autenticidad, aunque con signo muy distinto: son los dos modos posibles de vivir en la verdad.

C.- Vivir al margen de la verdad. Es una situación mucho más frecuente, que corresponde a la tercera forma. En este caso, el sistema de creencias, los huecos y grietas son tan graves y frecuentes que son pocos los individuos que lo logran, ya sea rehacer esos huecos, o bien indagar por la verdad.

Consiste esta forma en vivir sobre un repertorio de creencias más o menos coherentes de las cuales el hombre no se siente íntimamente solidario, sino que las recibe aborregadamente si se le permite la expresión, del contorno y las acepta sin ninguna crítica, dicho repertorio lo completa con ciertas ideas respecto a las cuales no tiene tampoco evidencia y que usa sin exigirles justificación. Se vive aparentando una verdad que no se conoce, no se cree y no se quiere, se actúa, se aparenta, se hace teatro con la verdad misma.

De ahí que la raíz última de esta forma sea la frivolidad que consiste en aparentar "saber a qué atenerse" y eludir el tomar la vida en serio, llenándola para ello de quehaceres o diversiones, de placer, de trabajo, de poder, de éxito. Pero como la sustancia misma de la vida es seriedad, su frivolidad la hace eludir la vida misma, se convierte así en un doble juego como quien juega con el juego mismo, por eso la vida al eludirse, al sacarle la vuelta -válgame el término- se está "desviviendo" y no se es auténtico.

D.- Vivir contra la verdad. Por último es posible una situación extremadamente anormal y paradójica que es la de vivir contra la verdad y esta forma es la que domina en nuestra época. Se afirma y se quiere la falsedad de antemano, a sabiendas; por ser únicamente falsedad, se la acepta tácitamente aunque proceda del adversario y se admite el diálogo en ella, nunca con la verdad. Por eso hoy más que nunca, se puede encontrar a los individuos que venden su doctrina, no importa de qué sea si filosófica, religiosa, política, etc., si en la cátedra, en la práctica o en otras muchas situaciones se va a decir lo que conviene, no lo que es.

La verdad es sentida por innumerables masas como la gran enemiga y contra la cual es fácil lograr el acuerdo.

¿Por qué se vive contra la verdad?, ¿por qué esa posición incondicional a la mentira? Muy en el fondo la respuesta aparece como miedo, como miedo a la verdad; el hombre vive dice Marías "sobre un supuesto de ideas y creencias, de cuya falsedad está íntimamente convencido o de la que, al menos, sospecha y que no tiene el ánimo necesario para vivir en la duda y a la intemperie para sentirse perdido, aplazar decisiones y ponerse a realizar esa faena inexorable que es el pensar -inexorable, porque cuando es auténtico, no admite componendas y solo se aquietta con la verdad misma-; cuando no tiene ese ánimo, digo, huye de la verdad y la persigue porque adivina que su mera presencia arruina el irreal fundamento de su vida. Mejor dicho, -y esto es lo más grave-, de su contravida, de su vida como formal inautenticidad que es el modo de no ser de la vida humana"²⁷

5.- DISCORDIA Y JERARQUÍA DE LAS VERDADES.

Nuestra vida, hablamos dicho, se apoya en ideas o creencias, pero al estar en conjunto aumentan su complicación, son extremadamente diversas, tienen orígenes muy dis-

²⁷Marías Op. Cit., pág. 104.

tintos y derivan su vigor de varias fuentes.

A.- Jerarquía. La vida tal como la vivimos, tiene un fondo de creencias tradicionales de las que no nos percatamos frecuentemente, más bien, las ignoramos; viene a ser como el inconsciente colectivo. No paramos en ellas ni les ponemos atención. A estas creencias hay que agregar un nuevo estrato, y son las que se fundan en la autoridad, es el caso de las enseñanzas y consejos de los padres y los abuelos, de los maestros. Otro tipo lo encontramos también en las opiniones recibidas que cada uno halla en el contorno y usa provisionalmente sin adherirse de un modo explícito a ella; a este tipo de creencias tampoco les damos importancia.

Junto a las anteriores se dan las condiciones que nos proporciona la experiencia personal, lo que se suele llamar la experiencia de la vida. Finalmente las ideas y pensamientos que tenemos conscientemente acerca de las cosas.

Sin embargo, entre estas últimas hay que distinguir varias clases: unas son simples ocurrencias que surgen en nosotros al contacto de las cosas y que se dan desligadas e inconexas entre sí; otras son conocimientos, ideas con presentación formal de verdad, pero cuya justificación, aunque en principio accesible, no es poseída por nosotros; otros, por último, son efectivamente pensadas o repensadas por nosotros mismos que poseemos sus títulos de veracidad. Así pues, hay una variadísima gama de presuntas verdades en las cuales fundamos de hecho nuestra vida y que nos permiten, en una u otra medida, saber a qué atenernos sobre la realidad. Ordenemos estas creencias:

1.- Creencias tradicionales.

a) Creencias tradicionales fundadas en la realidad.

2.- Opiniones recibidas.

3.- La experiencia de la vida.

4.- Las ideas:

- a) Ocurrencias.
- b) Conocimiento con pretensión de verdad.
- c) Ideas efectivas.

B.-Consecuencias. Todo lo anterior tiene varias consecuencias. La primera es que la experiencia va mostrando con frecuencia la falsedad de lo que se creía verdadero, esto nos obliga a revisar nuestro sistema de convicciones porque como éstas se enlazan entre sí y se condicionan recíprocamente, la falsedad de una puede arrastrar consigo la de otras que en principio eran admitidas y este hecho revela que hay relaciones de fundamentación entre las verdades, las cuales no se dan meramente yuxtapuestas sino ordenadas en jerarquía y dependientes unas de otras.

En segundo lugar, varias convicciones cada una de las cuales es tenida separadamente por verdadera, pueden ser discordantes entre sí y esto suscita un problema cuya solución exige la comprobación de la falsedad de algunos de los términos de la discordia o el descubrimiento de una verdad superior a ella y que explique la discrepancia.

En tercer lugar, por último, aunque no exista una legítima oposición entre las creencias, el hecho de que sean muchas suscita graves cuestiones porque su función en nuestra vida no consiste sólo en ser creídas, sino que sepamos a qué atenernos respecto a nuestra situación, y esto es posible si estas creencias se dan articuladas en una totalidad coherente dentro de la cual podamos orientarnos y elegir en cada instante la posibilidad que ha de realizar nuestro vivir.

Se asemeja este tipo de orientación al que se adquiere cuando desde lo alto se observa un lugar determinado, del que no poseeríamos su conspecto si estuviéramos al nivel de la cosa observada; se obtiene de esta manera una perspectiva que ordena cada cosa en el lugar preciso.

C.- La certidumbre radical. El problema es que aunque sean muchas creencias no dejan de estar separadas y su contenido de la vida es demasiado parcial. Por lo mismo, esos elementos parciales de credibilidad requieren ser interpretados desde una certidumbre superior. Esto remite a la exigencia de una certidumbre radical, es decir, en la cual encuentre su raíz toda otra certidumbre; así, en función de ella pueden articularse y ordenarse todas las demás.

Por eso la ciencia no puede desempeñar esta función, puesto que ellas están definidas por su parcialidad y por su carácter positivo (visible y experimental). Las ciencias tienen como objeto de estudio un determinado tipo de ente. El ente físico para la física, el ente matemático para la matemática, etc.

Y así como le acontece a la ciencia, le acontece a las demás dimensiones de la vida humana, como ya lo mencionamos hay una crisis de vigencias incluso en la religión, que en su sentido muy concreto, es una certidumbre radical, careciendo de vigencia social suficiente; y para los individuos para quienes tiene plena validez personal no están encontrando formas sociales adecuadas para su práctica. Está necesitando pues, incluso ella, una certidumbre distinta que le permita dar razón de esas diversas creencias inconexas.

6.- CONCLUSION.

La vida humana requiere para ser vivida, la posesión de una certeza radical y decisiva, radical porque en ella han de radicar las verdades parciales, decisiva porque sólo ella podrá decidir las discordias entre unas y otras y construir con ellas una perspectiva justa y clara. Nuestro tiempo no posee una certeza en el sentido concretísimo de que ninguna creencia vigente cumpla estos requisitos necesarios; de ahí la hondura de la crisis que afecta a nuestra situación.